



La lluvia es fina y fría.

Bajo un árbol, pide un ciego. Tiene la tez oscura y la boca de tajo. Con la mano derecha sostiene un platillo. A sus pies, curioso y seguro de sí, hay un enorme mastín con carlan-cas. ¡Una limosna!

La universitaria, inensible, dice a Falo: «... Unos días me muero por verte, y otros—ríe—me muero si te veo.»

Falo se detiene ante el ciego, se registra los bolsillos y sólo encuentra un billete de pe-seta y diez céntimos.

Una florista tuerta, sale de entre los árboles con dos claveles en la mano:

—«Señorito, regáله uno a su guapa.»

—¡Qué raro, claveles en este tiempo! Falo, comprámelo.

La florista le da el clavel a la chica.

Falo hace señas que dió todo su dinero al ciego. La florista, también con señas, dice a Falo que le quite al ciego del plato la peseta de papel y le deje la perra gorda sola-mente. La universitaria huele el clavel deleitada y asiente a la sugerencia de la florista. Falo, azorado, se resiste a obedecer. La chica lo mira despreciativamente... Al fin, nues-tro hombre, temblonamente, decide quitar, con suavidad, la peseta del plato mendigante... Pero, el mastín, aquel enorme mastín de las carlan-cas, se abalanza brutalmente sobre Falo, y, amordiéndole en un brazo, lo tira al suelo.

La florista sale corriendo. La universitaria, grita, Arrecia la lluvia. El ciego coge su perro y se marcha a todo paso.

Falo está en el suelo sin sentido. Nadie acude. Abandonados la lluvia los cala en medio del paseo. Parecen náufragos caídos del cielo.

—¡Auxilio!

La ropa de Falo está empapada de sangre.

—¡Auxilio!

...Ya tenemos el chafarrinón de sangre en el zapato.

IV

VOLVEMOS A LA HABITACION

Falo, ahora, entre el sopor de la fiebre, ve su mancha de sangre, y, al mismo tiempo, oye, como un eco, muchas voces, que no sabe, si son de su madre o de su conciencia... Esas voces, hablan ¡qué se yo!, de muchas cosas:

De la santidad de las limosnas;

Del oprobio que es robar al pobre;

De los caprichos de las mujeres;

De la fealdad de las flores vendidas;

De la maldad de la gente de la calle.

...Ahora, entre las nubes del sueño febril, lo ve todo claro. La voz de su madre y la voz de su conciencia forman un par idéntico. Cada una de estas voces sale de un zapato de ante marrón... que tanto se ensucian.

Dibujos de F. García Salinas.

